

Don José Mariano de Sardaneta y Llorente

y los aires del cambio

■ María Guevara Sanginés*

En el ocaso del siglo XVII murió, sin descendencia, Carlos II, el *Hechizado*, último rey español de la familia de los Habsburgo, por lo que el imperio español recibió la aurora del siglo XVIII con una guerra dinástica que cambió para siempre su devenir. En efecto, los descendientes de Luis XIV de Francia que ganaron la contienda dinástica, imprimieron su sello ilustrado y contradictorio, es decir, desde el principio los Borbones se dieron a la tarea de transformar casi de raíz al imperio, no solamente preocupándose por tener al día la información pertinente para administrar sus territorios, sino implementando un efectivo sistema de control político y de educación que les permitiera modificar leyes, instituciones, usos y costumbres ancestrales. La tarea no fue fácil, pero facilitaron el paso de un gobierno que afirmó en la década de 1760 que «el pueblo está para callar y obedecer» y que «hay que gobernar al pueblo sin el pueblo» a una política derivada de las propuestas liberales que habían empezado a tener éxito en Europa y en América en la segunda mitad del siglo XVIII. Así pues, los europeos de las élites intelectuales y gobernantes que convivieron entre las contradicciones de los discursos de los filósofos sobre la libertad y la aplicación de los reyes de una administración absolutista, se dieron a la tarea de difundir las ideas y prácticas disolventes de una larga tradición cultural para transformar el mundo conocido, e irrumpir en la «modernidad» que ya no era tan moderna.

El resultado fue una historia contradictoria en la que en nombre de la libertad, entendida como ausencia de coacción, se obligó a los súbditos del imperio a reconvertir la economía con la creación de estancos reales como los de la pólvora y el azogue; se restringieron las instituciones corporativas (cofradías, pueblos de indios, órdenes religiosas), y se coaccionó al pueblo llano a formar parte del ejército profesional mediante la leva. En nombre de la libertad individual se atacaron corporaciones de origen medieval y se formaron otras como las diputaciones de minería y el ejército; se luchó por la libertad religiosa y de creencias, pero se coartaron las libertades de elegir oficio religioso (legislación sobre la secularización de parroquias, supresión de órdenes religiosas y reducción de número de novicios); se promovió la libertad económica y el libre comercio, pero se colonizó a los antiguos reinos

* Departamento de Estudios
de Cultura y Sociedad.
División de Ciencias Sociales
y Humanidades,
Universidad de Guanajuato
mar4654@gmail.com

americanos extrayendo materia prima para la industria española; se promovió la protección a la propiedad individual, pero se expropió o se controló la propiedad corporativa —particularmente la de los pueblos de indios y la eclesiástica—; se concibió un nuevo orden público en el que se dividieron las funciones en tres poderes para gobernar, y se fortalecieron nuevos imperios como el inglés.

En este contexto, la élite empresarial (económica-social) novohispana que había logrado consolidar las oligarquías locales y establecer redes clientelares extrarregionales,¹ como parte inherente del ser empresarial moderno, apostó en ocasiones a los cambios, aunque algunos de sus miembros se inclinaron a la permanencia de las instituciones y a la seguridad de lo conocido cuando así lo consideraron pertinente. No hay que perder de vista que los miembros de las élites solían ser los que dieron pie a este tipo de cambios por tener acceso o controlar los espacios educativos, políticos, de la discusión intelectual y de la difusión de las ideas. La formación de cuadros dirigentes de las propias empresas y de los líderes políticos no se les escaparon del panorama, pues formaba parte de la inversión a futuro, aunque implicara correr los riesgos de mantener el estatus en cualquiera de los bandos en oposición, es decir, los empresarios apostaban a ganar lo más o a perder lo menos posible. Las élites mantuvieron en sus manos² el control de los aparatos coercitivos que después fueron interpretados, asumidos y transformados por otros sectores sociales, por lo que asumo que dadas las relaciones sociales intergrupales de la época, debieron existir diálogos a veces cordiales y a veces ríspidos entre la élite y el común del pueblo que llevaron a ambos sectores sociales a la acción política en diferentes bandos, en ocasiones juntos, con frecuencia como enemigos.

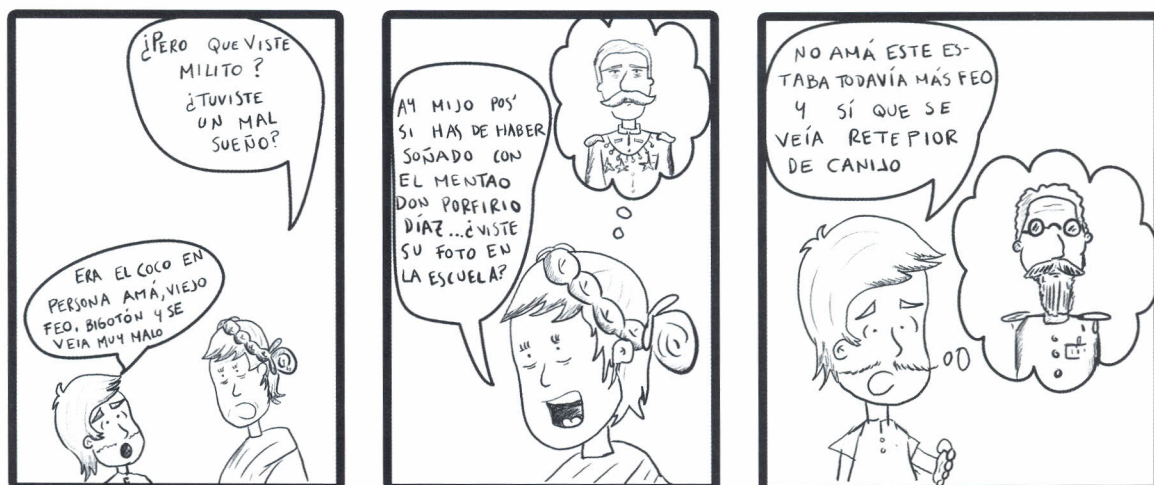
La lectura de las obras de filósofos franceses y españoles como Jovellanos, Feijóo, Llorente, por mencionar a algunos autores, eran tema de los comentarios en tertulias y corrillos. Por ello no es raro apreciar que entre los grupos que formaron las élites políticas se encontraban empresarios que participaron en bandos opuestos aunque, como lo ha demostrado O'Gorman para el caso de los llamados liberales y conservadores mexicanos del siglo XIX, resulta que las diferencias no son tan radicales si realizamos un análisis minucioso, como parecería a simple vista o como los discursos oficiales han pretendido preconizar (1977:25-32). Así pues, es imprescindible revisar la acción y el discurso de las élites que han participado en el devenir de México como nación independiente y no solamente a los llamados desheredados. Otros autores como Josefina Vázquez (2009) afirman que «La historiografía oficial tradicional ha perpetuado una visión simplista de los acontecimientos políticos de México en el siglo XIX como un enfrentamiento constante entre liberales y conservadores desde la iniciación de la lucha independentista» cuando en realidad las diferencias tenían que ver más con la figura de gobierno: monarquía parlamentaria de tradición inglesa desde el siglo XVII o república representativa y constitucional.

Las breves reflexiones que a continuación compartimos con los lectores se basan en don Mariano de Sardaneta y Llorente,³ segundo marqués de Rayas, miembro de la nobleza minera guanajuatense, quien con un discurso liberal participó activamente en las acciones políticas de los últimos años del siglo XVIII y en los primeros años del México independiente. Fue regidor y alcalde ordinario en el cabildo de la ciudad de Guanajuato,

¹ No hay que perder de vista que otros sectores de la población actuaron de manera similar; es decir, ni todos los mestizos y castas ni todos los indios fueron insurgentes, algunos se mantuvieron leales a la causa del Rey.

² A pesar de que las políticas de los Borbones incluyeron la centralización del poder coercitivo y gubernamental al favorecer a los peninsulares en cargos en los cabildos de las repúblicas de españoles y en otros puestos públicos como los de intendentes, en detrimento de las oligarquías criollas.

³ Nació en la ciudad de Guanajuato en 1761 y murió en la misma ciudad en 1835. Fue propietario de la mina de Rayas, una de las minas más ricas de Guanajuato, la cual fue descubierta en el siglo XVI y no ha dejado de producir desde entonces. Entre sus bienes se contaban varias haciendas agropecuarias y de beneficio de mineral en las jurisdicciones de Guanajuato e Irapuato; poseyó también varias casas en Guanajuato y en México.



diputado de minería y administrador general del ramo de minería; miembro del cabildo de la ciudad de México, de la Junta Nacional Gubernativa y diputado al Congreso Nacional.⁴ Es importante observar que mientras Sardaneta apostó por la orientación liberal, otros de sus vecinos guanajuatenses, como el conde de Rul permaneció fiel al ejército realista.

Sardaneta tenía fama de poseer una importante biblioteca en su casa, donde organizaba tertulias en las que se discutían asuntos de política. Conoció al virrey Iturrigaray en 1803, cuando éste visitó la ciudad de Guanajuato. En 1809, junto con José María Fagoaga y Julián de Castillejos, fue acusado de conspiración, involucrándolo en los acontecimientos políticos derivados de la invasión napoleónica que hicieron que Iturrigaray regresara a España acusado de traición. Como apoderado del ex virrey se hizo cargo de sus asuntos y siguió participando en la política. En 1811, como miembro de la sociedad secreta de los Guadalupes —en la que firmaba la correspondencia con los seudónimos «Felipe Perón» y «Onofre»—, apoyó con recursos económicos y servicios de espionaje a los insurgentes encabezados por Morelos y López Rayón. Cuando Morelos fue detenido, en 1815, fue confiscada su correspondencia, encontrando papeles que lo comprometieron, por lo cual fue acusado nuevamente de conspiración y procesado por infidencia⁵ entre 1816 y 1817. Es importante aclarar que los Guadalupes se veían a sí mismos como leales súbditos del Rey y patriotas, aunque finalmente favorecieron el establecimiento de un gobierno autónomo.

Resulta interesante observar la participación de Sardaneta como insurgente, en un primer momento, a favor del partido que defendió a Fernando VII contra Napoleón, y como después del juicio de infidencia y de su destierro en Veracruz, se adhirió a las posturas más radicales que proponían la independencia absoluta de Nueva España de la vieja España. Así es como lo encontramos en 1821 entre los firmantes del Acta de Independencia junto con don Juan O'Donojú, el doctor José Miguel Guridi y Alcocer, don José María Fagoaga, don Manuel de Heras Soto y otros políticos de diversos oficios. Después participó en la organización de la nueva nación como miembro de la Junta Provisional Gubernativa en 1821.

⁴ Aunque se han escrito algunos ensayos biográficos sobre Sardaneta o se le menciona en otros sobre el movimiento de independencia, aún falta un buen trabajo de reconstrucción histórica holística que lo ubique como un actor político importante de la historia de México entre el final del periodo virreinal y los primeros años del México independiente (Jáuregui, 1987; Vargas, 2003; Guedea, 1992; Serrano, 2001; Torre Villar, 1995).

⁵ Infidencia: Violación de la confianza y fe debida a alguien.

En 1823 Sardaneta representó al estado de México en el Congreso Nacional.

Si bien en momentos de transición como los que se vivieron en las dos primeras décadas del siglo XIX en México, pareciera como si se cambiara de partido al vaivén de los acontecimientos inmediatos, improvisando según los resultados de las acciones emprendidas. En las declaraciones que le fueron tomadas a don José Mariano durante el juicio por infidencia en 1817, resulta evidente su filiación liberal, a pesar de que niega su pertenencia a los Guadalupe por no incriminarse, y de acusar a los insurgentes que incursionaban en la intendencia de Guanajuato de haber incendiado y robado sus propiedades, en particular la Hacienda de San José de Llanos, mejor conocida como Burras. En efecto, si consideramos como características fundamentales del liberalismo el concepto de libertad como «ausencia de coacción» y la participación en la vida política, así como la libertad de trabajo y la igualdad frente a la ley, Sardaneta se delata por sus ideas de carácter liberal, en sus propias palabras

Su postura no llega a ser tan radical como para asumirse entre los liberales extremos

la poca unión de las diferentes generaciones en que la política ha querido establecer una desigualdad más o menos degradante. El español europeo, y el que lo es americano, apenas, ha podido tener una armonía civil, y recíproca, y que no desdiga la igualdad de su procedencia [...] los archivos de todos los tribunales y juzgados, llenos, como están de autos sobre disenso de matrimonio, que versan directamente la oposición, en el común apoyo, de la discrepancia de castas. A esta misma discrepancia, es correlativa la de sus caracteres, educación, cultura, manejo civil, ejercicios y demás (AHG, Infidencias, vol. 91, exp. I, f. 28-28v).

Así que su opción política se encaminó a participar con quienes propusieron una forma de gobierno que dictara las leyes conducentes a lograr una igualdad de los habitantes del país frente a la Ley y a construir un ciudadano libre.

El marqués, a pesar de pertenecer a un grupo privilegiado por excelencia, criticó a su vez a sus compatriotas por incoherentes frente al ideal de alcanzar la igualdad social:

He visto españoles vilipendiar la insurrección, entre otras cosas, por que en ella se han ingerido con carácter de superiores, y oficiales de todos grados, a los mulatos e indios, y otros cuyo origen obscuro los hace creer tales, de donde se deduce, la predisposición a no unirse jamás entre sí, como era indispensable, para el objeto de que he hablado [...] y de maltrato a estos sectores sociales a pesar de que eran los que producían la riqueza que ostentaban los españoles (f.29).

Si bien, el discurso liberal del marqués de Rayas es coherente con su participación política, su postura no llega a ser tan radical como para asumirse entre los liberales extremos, conocidos años más tarde como «puros», sin embargo, es constante su presencia como uno de los actores principales en los ensayos políticos de fundación de México como país independiente que se realizaron entre el imperio y la república de Iturbide a Gómez Farías y Santa Anna. ■

■ REFERENCIAS

Archivo General de la Nación (AGN). Ramo Infidencias: volumen 35; 91, expediente 1.

Guedea, Virginia (1992) *En busca de un gobierno alterno: los Guadalupe de México*. Serie Historia Novohispana. 46. México: IIH/UNAM.

Jáuregui de Cervantes, Aurora (1987) *Los marqueses de Rayas*. Guanajuato: La Rana.

O'Gorman, Edmundo (1977) *México. El trauma de su Historia*. México: UNAM.

Serrano, José Antonio (2001) *Jerarquía territorial y transición política. Guanajuato, 1790-1836*. Zamora: El Colegio de Michoacán/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.

Torre Villar, Ernesto de la (1995) *La Independencia de México*. México: FCE.

Vargas, Fulgencio (2003) *Don José Mariano de Sardaneta y Llorente*. Guanajuato: Archivo General del Estado de Guanajuato.

Vázquez, Josefina (2009) «Liberales y conservadores en México: diferencias y similitudes». Disponible en http://tau.ac.il/eial/VIII_I/vazquez.htm.